

Julio Ariza. *Abismo amoroso y crisis social en la reciente literatura argentina* Rosario: Beatriz Viterbo, 2018.

Elogio de lo frágil¹

Nancy Fernández²

Al pensar el ansia demorada en un pasado esquivo, sobreviene a nuestra memoria, la magdalena proustiana. Pero Proust fue más lejos, quizá, cuando en su intento por resolver el enigma del anhelo que desvelaba a Swann, descubre atónito que el diálogo entre piano y cuerda de la sonata de Vinteuil, le otorga la concesiva intermitencia del rostro amado de Odette. Un instante para arrebatarse después, la imagen que solo le deja un éxtasis retráctil; el enigma de una felicidad enaltecida por los fulgores de la ausencia.

A partir de una serie de novelas argentinas publicadas entre fines del siglo XX y los primeros años del siglo XXI, Julio Ariza escribe sobre el abandono; un detallado estudio de cómo la intimidad y la crisis social traman, en sus remisiones y correspondencias inequívocas, una biopolítica de la experiencia amorosa. Un texto cuya lucidez y precisión reclama el estatuto de “tratado” sobre las secuelas (las huellas, las cicatrices) que, de modo ineluctable, deja el amor tras su partida. Ante el temblor de lo inapropiable, Ariza elabora con minucia puntillista, un

¹ Este texto es la versión previa y completa de una síntesis que será publicada como contratapa del libro *El abandono. Abismo amoroso y crisis social en la reciente literatura argentina* de Julio Ariza, editada por Beatriz Viterbo.

² **Nancy Fernández** es docente e investigadora por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Conicet. Doctora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Autora de *Narraciones viajeras. César Aira y Juan José Saer*; *Experiencia y escritura. Sobre la poesía de Arturo Carrera*; *Poéticas impropias*; *Vanguardia y tradición en la narrativa de César Aira*; *Alfonsina Storni. Antología poética*. Co-autora con Edgardo H. Berg de *Intervenciones* y de *Cicatrices sobre un mapa: Rodolfo Walsh*; con Juan Duchesne de *Arturo Carrera. Antología de la obra y la crítica*; con Ignacio Iriarte de *Fumarolas de Jade. Las poéticas neobarrocas de Severo Sarduy y Arturo Carrera*.

delicado contrapunto entre relatos singulares que giran en torno de un eje común. Así, el autor nos lleva a recorrer en cada historia (Sergio Chejfec y Alan Pauls, Gabriela Massuh, Juan José Becerra, Daniel Link, Daniel Guebel, Mariano Siskind, Maria Fasce, Oliverio Coelho) aquellas palabras que buscan traducir las intensidades y duraciones del apodíctico imperativo de un final. Ante la búsqueda infructuosa del amante en pena, el autor se pregunta si es posible en la escritura un pensamiento de amor o, más aún, el amor como pensamiento, derivando en una serie textual que hasta hoy no había tenido un espacio relevante en la crítica y en la literatura argentina. ¿Hay algún designio secreto que sea resguardado en la forma estética del vestigio? La deconstrucción de saberes y mitologías culturales, afectivas y sentimentales, tienen en este libro un lugar privilegiado. Desde estas consideraciones, Julio Ariza da comienzo a una suerte de topología amorosa para adentrarse allí donde el lenguaje desarma los moldes discursivos proveedores de una idea acabada, la imagen clausurada de un estado anímico traducible en fórmulas retóricas. Entonces se exploran los actos y consecuencias, los agentes de una decisión “unilateral” (marcará el autor), los roles que dan forma a sujetos inscriptos en una sintaxis desarticulada de su funcionalidad. Por ello, las ficciones tienen su anclaje común en una singular experiencia, la de aquellas novelas que dan inicio a su potencia narrativa solo cuando el amante ha sido expulsado de la escena. Es que la violencia inigualable de esta topología, inscribe la necesidad de un pensar afuera, pensar desde afuera. Algo así como estado nuevo ominosamente abierto y paradójico que arroja a un exterior desolado a quien se queda en el trance de la espera, o en el olvido extático de un páramo dejado atrás; el inhabitable lugar de la intemperie. No se trata de la soledad, sino de la irreversible condena de vivir en un vacío que atraviesa, como sentencia irrevocable de permanecer sin morada; el lento paso que obliga a mirar, percibir, recordar y padecer la disolución gradual entre objetos y enseres que ejercieron en un tiempo, el ritual de alguna protección fetichista. En esa desamparada cotidianeidad donde el amante, extático o desesperado, contempla como Sísifo sus propios desatinos, se ve privado de aquel lugar donde alguna vez hubo amor. La escritura de Ariza adecúa la relación entre lo íntimo y personal con lo social y cultural, sabiendo, como Barthes, que certifica la imposibilidad de sublimar el

lugar desocupado por el ser amado que se va. Y en la intransitividad compensatoria del acto inapelable, las novelas vacilan entre humor negro, ironía, distancia y melancolía, como rastros melancólicos de lo que se experimenta como un fraude metafísico y un derrumbe cultural (Jean Luc Nancy, Jacques Alain Miller, Barthes y Blanchot, Agamben, Badiou y Coepjec). Si la experiencia trágica de la modernidad separaba lo personal de lo cultural, Ariza propone un corpus que restituye aquella fragilidad obturada, una forma de la relación entre amor y memoria donde el llanto es el signo intempestivo que condensa la economía discursiva. Es entonces cuando lo social y lo íntimo ya no coinciden con las referencias existentes, cuyo resultado es la confluencia de ciertas zonas de la experiencia: las de aquel a quien se deja caer o se lo suelta, alguien cuyo síntoma es la acinesia o el llanto crudo, ágrafo, de la llaga viva que nadie quiere ver.